En nuestro número próximo publicaremos

La mocita del collar de cerezas

por

FERNANDO MORA

Ilustraciones de A. SÁNCHEZ FELIPE

Lea usted

EL HIJO LEGAL

(NOVELAS)

por

ARTEMIO PRECIOSO

prólogo de

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

Precio: CUATRO pesetas en todas las librerías

Ilustraciones de R. MAR

6257
N67

LA NOVELA DE HOY

LOS AMBIGUOS

POR

ALVARO RETANA

30 cts.



Nuestros Concursos

EL DE NOVELAS

BASES

LA NOVELA DE HOY invita a todos los escritores de nuestro idioma a un Concurso de novelas, con las siguientes bases y condiciones:

1.ª Los originales, rigurosamente inéditos, vendrán escritos a máquina por un solo lado, en cuartillas de tamaño corriente, y en número de cuarenta a cincuenta. Se presentarán los trabajos firmados con un lema, que corresponderá al de un sobre cerrado y lacrado, en el cual se indique nombre y domicilio del autor.

2.ª Un Jurado competente, cuyos nombres no se harán públicos hasta después del fallo, elegirá las diez novelas que estime mejores. Abiertas las plicas de las obras elegidas, publicaremos los nombres de los autores.

3.ª Las novelas recomendadas se editarán alternándolas con otras de las ya adquiridas, abonándose a los autores, en la fecha de su publicación, la cantidad de 300 pesetas.

4.ª Cada ejemplar de **LA NOVELA DE HOY** llevará un boletín de votación, recortable, para que todo lector pueda otorgar su voto a una de las diez novelas seleccionadas por el Jurado; enviando dicho boletín, bajo sobre, al Apartado de Correos 473, e indicando en el sobre: "Voto para el Concurso de **LA NOVELA DE HOY.**"

5.ª Transcurrido un mes desde la publicación de la última novela recomendada, se procederá, ante notario, al recuento de los votos recibidos, otorgándose tres premios: el primero, de 1.500 pesetas; el segundo, de 1.000 pesetas, y el tercero, de 500, a las tres novelas que más sufragios hayan reunido.

6.ª Los concursantes enviarán sus trabajos por correo certificado o a mano, a nuestras oficinas, Prado, 2, de tres a cinco de la tarde, los días laborables. El plazo de admisión se cierra el 31 de agosto próximo.

7.ª Los originales no premiados quedarán a disposición de sus autores.

LA NOVELA DE HOY

NÚMEROS PUBLICADOS

1 El momento difícil, por Pedro —Ilustraciones de *Ribas.*

2 La caza de la mariposa, por W. Fernández Flórez.—Ilustraciones de *Penagos.*

3 Pandorga, por Ramón Pérez de Ayala.—Ilustraciones de *Ramos.*

4 Giordano o El cuento de los cinco perros, por José Ortega Munilla.—Ilustraciones d *Zamora.*

5 El amigo de la «Curri», por Joaquín Belda. Ilustraciones de *Robledano.*

6 El vagabundo inapetente, por José M.ª Salaverría.—El primer abrazo, por Artemio Precioso.—Ilustraciones de *Bartolozzi.*

7 La celada, por Antonio de Hoyos y Vinent.—Ilustraciones de *R. Marín.*

8 Vida y resurrección, por Luis Araquistain, Ilustraciones de *Máximo Ramos.*

9 Los ambiguos, por Álvaro Retana.—Ilustraciones de *R. Marín.*

LOS AMBIGUOS

LA NOVELA DE HOY

Director: ARTEMIO PRECIOSO

Año I — 14 Julio 1922 — Núm. 9

LOS AMBIGUOS

NOVELA

por

ALVARO RETANA

Ilustraciones de R. MARÍN

LIBRERIA ROYO
Rbla Sta Mónica, 14
BARCELONA

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.
1922

A MANERA DE PRÓLOGO

Casto por naturaleza...

En aquella calurosa tarde de junio encontramos a Alvaro Retana—que no esperaba ciertamente nuestra visita—tocando la pianola en una camareta oriental, acompañado de una joven de diez y seis años soberanamente hermosa, que él nos presentó como su augusta esposa.

Tanto el joven y popular novelista como su augusta esposa, que parece una sultana escapada de un cuento de Las mil y una noches, *no tienen más ropa que unos delantales de satén negros con ribetes rojos que contribuyen a infantilizarlos extrañamente, en aquella estancia donde todo es arbitrario: el decorado y los dueños de la casa.*

—¿Dónde ha nacido usted y cuántos años tiene?—preguntamos a Alvaro, que abrocha púdicamente todos los botones de su delantalito negro de colegial.

El fantástico novelista abandona el taburete de la pianola y corre en busca de su cédula, que nos muestra triunfal.

—Vea usted, amigo Artemio: cédula de quinta clase número 38.473, expedida en Madrid, a 22 de mayo de 1922; Alvaro Retana y Ramírez de Arellano, de veinticuatro años de edad, natural de Colombo (isla de Ceilán), de profesión compositor y residente en Manuel Silvela, núm. 10, primero, de esta corte.

Luego añade, encaramándose en su banqueta:

—Como verá usted, soy el más joven de los novelistas de fama mundial; pero artísticamente soy mucho más joven aún, puesto que sólo cuento cinco años. Como escritor aún puedo jugar al aro. En el verano de 1917, la Casa Sopena, de Barcelona, editó mi primera novela, titulada Al borde del pecado, *y en septiembre del mismo año apareció* La carne de tablado, *que me valió artículos entusiastas de Julio Cejador, "Colombine", Prudencio Iglesias Hermida, José Francés, Hoyos y Vinent, etc. Al mes siguiente, la casa Buigas, de Barcelona, lanzó* El capricho de la marquesa, *tríptico galante, que enfureció a mi horrible padre hasta el punto en que aprovechándose de que entonces era el inspector general de Policía de Barcelona, denunció mi obra por inmoral y la hizo retirar de librerías y quioscos. Posteriormente ofrecí a la voracidad de mis admiradores "El crepúsculo de las diosas", "Ninfas y sátiros", "Los extravíos de Tony",*

"El octavo pecado capital" y otras obras francamente libertinas, que me valieron el elogio de los más ilustres críticos españoles y extranjeros, según puede comprobarse leyendo "El octavo pecado capital", donde son reproducidos al final de la obra.

Mi género literario es el mismo que en el extranjero han cultivado Rachilde, Williers de l'Isle Adam, Pierre Louys, Barbey d'Aurevilly, Jean Lorrain, Willy, etc. Claro que yo lo hago mejor que todos ellos juntos, y por esta razón, en el momento en que, según comprobantes que tengo a disposición de usted, se vendían cuarenta mil volúmenes míos por año, fuí objeto de una persecución improcedente, originada por el despecho de personas infectas—¡editores idiotas y novelistas fracasados!—, que intentaron retirar mis obras de la circulación, por inmorales.

Yo no diré que mis producciones sean las más indicadas para servir de texto en los colegios de Ursulinas; pero es absurdo perseguir en mí una modalidad artística que en todos los países civilizados se venía cultivando desde tiempo inmemorial. Además, como a nadie se le pone un puñal en el pecho para que las compre, el que las adquiere es porque le agradan. Unicamente, contando con la complicidad de un fiscal desconocedor de los temas abordados por los grandes genios de la literatura mundial, pudo incoarse el proceso de mis libros, del que, afortunadamente, pronto seré absuelto. Maura me ha

prometido apoyar mi candidatura para la Real Academia Española, porque dice que todos los que están allí son muy malos y hacen falta jóvenes con talento.

—¿Cuál es, a su juicio, el escritor más grande del siglo XX?

—¡Yo! ¡Qué duda cabe! Esto no impide que admire a Anatole France, Blasco Ibáñez y algún otro de los que ahora despuntan.

—¿Cuál es la mayor satisfacción de su vida?

—Saber que todo cuanto tengo me lo debo a mí mismo.

—¿Le mordió mucho la envidia?

—A los seres superiores no se nos envidia. Se nos admira y se nos desea; pero nada más. La injuria y la calumnia siempre han pasado por mí como el rayo del sol por el cristal sin romperme ni mancharme.

—¿Recibe usted muchas declaraciones amorosas?

—¡No tiene usted idea! Todos los meses me veo precisado a dar calabazas a una veintena de admiradoras exaltadas o de admiradores equivocados, que creen que, por lo visto, conmigo no hay más que pedir hora. Soy casto por naturaleza y porque en la castidad está el secreto de mi juventud armoniosa y de mi potencia artística. Piense usted que yo anualmente publico diez libros, hago cincuenta o sesenta canciones de éxito—letra y música—para las estrellas de variedades, pinto figurines, desempeño mi cargo de empleado del Estado, confecciono decorados y hago infinidad de cosas para las cuales

es preciso que me conserve en pleno esplendor físico. Adoro a mi esposa, y como veo que todos los maridos libertinos engañan a la suya, yo, para ser más refinado y perverso que todos, ¡la guardo fidelidad! Y para evadirme a las declaraciones amorosas he descubierto un truco maravilloso. Contesto siempre que yo cobro mil pesetas por una noche de amor, y ya no vuelven a importunarme. Soy la debilidad de las jamonas. Sin embargo, las mujeres de mi agrado son las que oscilan entre catorce y diez y seis abriles. Precisamente las que por razón de su corta edad están todavía sujetas al yugo de la familia. Yo, con una tobillera, me iría ¡hasta gratis!

—¿Qué manifestación artística de las suyas es la que más le gusta?

—Me divierte pintar, me entusiasma escribir; pero me vuelve loco componer música. ¡Ahí sí que soy el amo! Como dibujante de elegancias, creo que soy el primero; como novelista, el único que puede hablar de tú a don Miguel de Cervantes; pero como compositor, soy el enviado de Dios sobre la tierra para redimir al mundo en forma musical. Hasta ahora sólo he cultivado las variedades; pero tengo una ópera en veintisiete actos, titulada "Heliogábalo", que espero ver estrenada en el Real. También he compuesto un poema sinfónico sobre motivos de un discurso de Sánchez de Toca.

—¿Tiene usted ideas políticas?

—Soy demasiado joven para pensar en política, pero

creo en el positivo talento de tres políticos españoles: Santiago Alba, Alejandro Lerroux y el conde de Romanones.

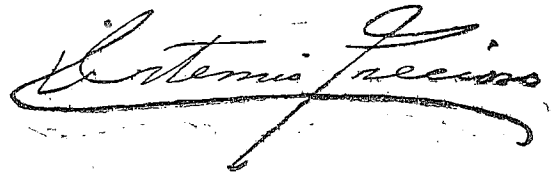
—¿Le produce a usted mucho dinero su arte?

—Doce mil duros anuales. Pero no tengo ni cinco céntimos. Vivo bien y he comprado una casa en un pueblecito cercano a Madrid—donde paso todos los días de fiesta y sus vísperas—, en cuya instalación llevo empleadas en menos de dos años más de cuarenta mil pesetas. Mi ideal es el de cualquiera de mis tonadilleras predilectas: retirarme de la vida airada a los treinta años y vivir tranquilamente una existencia regalada, sin sobresaltos ni trabajos, compartida con la parte beligerante, y, sobre todo, riéndome de esa gente imbécil que ha creído en mi leyenda de amoralidad. No hay en el mundo nadie más exigente en punto a moral que yo. Y no tiene nada que ver el que yo cultive una literatura pecaminosa para que aun conserve intacto e inmaculado el tesoro de mi propia estimación. Por eso me importa tan poco la opinión pública. Me importo a mí mismo, y como de nada vergonzoso tengo por qué ruborizarme ante mi conciencia, me tiene sin cuidado que el vulgo municipal y espeso me juzgue equivocadamente y ateniéndose sólo a una literatura que no tiene más miras que las puramente económicas.

Las personas que me tratan íntimamente saben perfectamente que trabajo catorce o quince horas diarias, que no envidio ni odio a nadie; que mi existencia es plácida,

equilibrada y honorable; que no me amargan los éxitos ajenos y que en todos mis actos y compromisos demuestro una corrección intachable.

Adoro a mi mujer, y como Elisa también me corresponde, puede usted decir que me considero el hombre más feliz del mundo, hasta el punto de que ninguna noche concilio el sueño sin rezar a Dios un padrenuestro por haberme concedido salud, talento, belleza, juventud, mujeres bonitas, frescura—sobre todo, mucha frescura—, y todas las dotes que puedan enorgullecer a una criatura humana.



A mi querido y admirado amigo Pepito Zamora, que es quien me ha facilitado el pintoresco material para componer esta novela.

EL AUTOR.

PRIMERA PARTE

En las tinieblas de la alcoba cerrada, oliendo a éter, a perfumes costosos y a carne limpia y joven, la puerta, abierta bruscamente, proyectó un rectángulo de luz turbia en el que apareció la andrógina silueta de una mujer alta y gentil, cuya gabardina chorreaba tanta agua como el sombrero, de paja coronado de violetas, y en seguida una voz enérgica turbó el silencio de la estancia.

—¡Todavía durmiendo! ¡Vago, más que vago! ¡Qué asquito de hombres! Me está bien empleado por liarme con un *tío*.

La recién llegada atravesó la habitación tropezando con sillas y cachivaches, y mascullando soeces juramentos, aproximóse al balcón, cuyas maderas abrió con estrépito, sin cesar en sus letanías obscenas e insultantes.

La claridad turbia, de *acuarium*, se hizo más lívida por el reflejo de la lluvia, que golpeaba los cristales, y ella exigió impaciente:

—¡Ya te estás levantando aprisa, gandul!

Algo informe se rebulló entre las sábanas del lecho, cubierto con una colcha de damasco azul *nattier* que armonizaba prodigiosamente con las paredes anaranjadas, y la preciosa arpía, acercándose al lecho, insistió puesta en jarras:

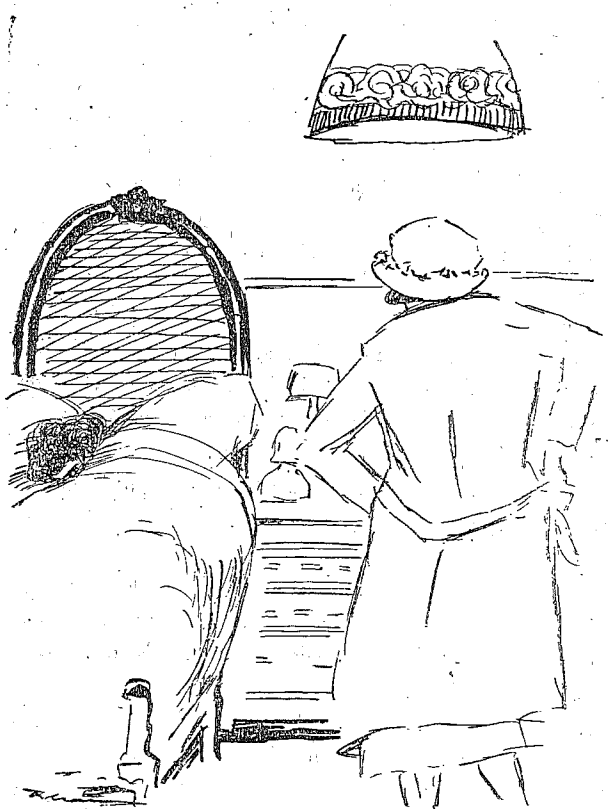
—Vamos, ¿te levantas o no?

Después, tras una corta pausa, reconvino:

—¡Claro! ¡La *señorita* habrá tomado éter, y por eso estuvo anoche en la juerga como un pasmarote, y ahora no hay manera de despertarle. Pues lo que es así no hay quien gane el dinero. ¡Ay! Si una no fuese una señora, *muy señora*, ¿cómo iba a aguantar esto? ¡Mire usted que tomar éter! Ya te daría yo a ti...

De entre las blancas sábanas con embozos de encajes surgieron, estirándose perezosamente, unos brazos desnudos y blanquísimos, surcados de venas azules, y luego, de un brusco salto de fiera joven, que arrojó al suelo las ropas de la cama y reveló entera e impúdica su maravillosa desnudez de semidiós, apareció malhumorado y somnoliento el ambiguo y suculento amante de Amalia Díaz de Hinojares, a un tiempo vendedora de caricias nocturnes y proxeneta de la equívoca belleza del muchacho.

—¿Pero es que estás borracha, tan temprano—interrogó



él, aun medio dormido, restregándose los ojos y bostezando largamente.

Amalia se dignó sonreír, y expuso:

—¡Temprano! ¡Que te crees tú eso! Son más de las seis de la tarde. ¡No llevo ya andado poco por tu culpa! ¡Y con el tiempo que hace! Por supuesto, que si sigue lloviendo de esta forma vamos a tener que andar por Madrid con zancos.—Después, algo más serena, continuó:—Para esta noche tienes cena en Parisiana. Conque vete vistiendo, alma mía.

Al oír aquello los admirables ojos verdes del muchacho se abrieron desmesurados bajo los revueltos cabellos de oro que le caían sobre la tersa frente, y preguntó:

—¡Cena en Parisiana! ¿Con quién?

Amalia, despojándose del sombrero con parsimonia y ahuecando, ante el espejo, sus obscuras melenas de paje, respondió:

—Son unos amigos de lord Alsemby y de Bemberg. Viven en el Ritz y quieren alternar con los chicos más guapos de Madrid... También quieren... lo que todos. Creo que podremos sacarles mucho dinero antes de que regresen a París. Si los embrollásemos bien, puede que hasta nos llevaran allá con ellos.

El muchacho, ante la promesa alucinante, se puso en pie y se desesperezó definitivamente en todo el esplendor de su belleza de adolescente griego. Amalia le contempló satisfecha; pero no con la voraz expresión que el



emperador Adriano hubiera reservado para su favorito Antinoo, cuya clásica hermosura evocaba el joven, sino con una mirada que parecía evaluarle en su justo precio. Examinó con un gesto de contrariedad el ligerísimo y dorado vello que empezaba a invadir los torneados brazos, las férreas piernas y los redondos muslos de su amante, y exclamó disgustada:

—Vas a tener que dejar de hacer tanto ejercicio. Te estás poniendo ya... demasiado hombre...

—No querrás que toda la vida siga pareciendo una nena. Eso estaba bien antes, cuando era un chiquillo; pero ahora ya tengo diez y siete años. ¡Me gustaría más ser fuerte y musculoso! ¡Quisiera ser boxeador!

El severo rostro de Amalia se congestionó y sus ojos negrísimos se encendieron de cólera.

—¡Calla, Julio, por Dios, no seas imbécil. Yo no sé quién te ha metido en la mollera esas idioteces. ¡Ganar el dinero a puñetazos, cuando puedes ganarlo tan cómodamente!...

—Es que ya me estoy aburriendo de este oficio—dijo el muchacho con un gesto de infinito cansancio—. Y no quisiera dejarme arrastrar por esta vida de "cocotte" de lujo sin dinero...

—¡Tú harás lo que a mí me parezca!—silbó Amalia como una serpiente hostigada:—Tiene gracia. ¡Si no tenemos más dinero es porque a ti no te da la real gana! Has de saber que cuando yo *estaba* con la Teresita y con

la Milagros y con la Nini, me sobraban los billetes... ¡Como lo oyes!

—¡Las mujeres tenéis más facilidades!...—repuso Julio, poniéndose unos calcetines transparentes de seda gris perla y unos primorosos zapatos de ante del mismo tono de color.

—¡Pero este chico es tonto!—gimió Amalia levantando los brazos al techo, como poniendo por testigo de la idiotez de su amante a todos los santos de la Corte celestial—. Decir eso cuando estás harto de ver que en cuanto entras en Parisiana todos los vejestorios cochinos que van allí se te quedan mirando atontados, como si ya no hubiese mujeres en el mundo! ¡Vale más que te calles, porque acabaré dándote un golpe, y no es cosa de que vayas a cenar con la cara estropeada!

Julio encogió resignado sus hombros magníficos, en los que la luz resbalaba como en un ágata perfecta, y comenzó a lavarse. Amalia, desprovista de su gabardina, que había puesto a secar sobre una *chaisse-longue*, yacía derrengada en un sillón, y encendiendo un cigarro que cogió del tocador continuó examinándole con expresión desdeñosa y admirativa, a pesar suyo.

—La verdad es que está guapo el ladrón—pensaba—. Pero es una lástima que se vaya poniendo demasiado macho.

¡Qué diferencia del chiquillo de hacía dos años, cuando le conoció ella llorando en un banco de los jardini-

llos de la plaza de Colón, abandonado y sin dinero! Se le acercó, curiosa y enternecida por el wisky, interrogó al adolescente, que trataba de ocultar su llanto cubriéndose el rostro con las manos, y él, con una sinceridad pueril y una necesidad de amparo que le hubiese hecho confiarse a cualquiera, relató a la desconocida la aventura que le desolaba.

El había nacido en Barcelona, donde vivía con su padre, empleado de los almacenes de "El Siglo", y numerosos hermanos. En su casa abundaban más los golpes que el dinero, y únicamente se habían emancipado a la tiranía del padre sin corazón y la madre borracha, las dos hermanas mayores, *liadas* con dos señores viejos y ricos, y un hermano que se había marchado a Valencia para ejercer de *crupier* en una casa de juego con honores de *music-hall*. En cuanto a él, Julio, el menor de todos, nadie se ocupaba de educarle, y en aquel ambiente de inmoralidad y de bajos instintos fué creciendo en hermosura y en gentileza, tanto que una noche, en el Eden Concert, donde prestaba sus servicios como "botones", fué abordado por un anciano aristócrata, asiduo concurrente a los *soupers*, que le propuso agregarle a su servidumbre y trasladarle a la corte. El chiquillo aceptó, encantado e ignorante, y sin despedirse de su familia siquiera se reunió en la estación con el viejo cuyos ojillos brillaban extrañamente. Por primera vez en su vida, Julio disfrutó del para él increíble esplendor del "sleeping", en donde el aris-



tócrata, por temor al posible escándalo, le dejó dormir solo en la cabina, y cuando llegaron a Madrid tomaron un "auto" y, en pocas horas, el "botones" del Eden Concert, de Barcelona, quedó transformado en un *gentleman*. Camisas de crespón, calcetines de seda impalpable, tres trajes encargados en un buen sastre—uno de los cuales se lo pudo llevar en el acto, por estar destinado a un gomoso madrileño que tenía las mismas medidas del protegido del aristócrata—, zapatos carísimos, sombreros de la casa más acreditada... Julio creía atravesar por un ensueño alocado de las mil y una noches, y sonreía a su protector ingenuamente agradecido y abrumado por tanta esplendidez.

Transcurrió el día en un encantamiento indescriptible, porque Julio, amodorrado de felicidad, como un gato bajo las caricias, se dejaba llevar por los acontecimientos, sin perder su sonrisa candorosa, y como episodios de las películas aquellas que eran el entusiasmo suyo en el "cine" Monumental, fueron volando las horas de aquel primer día de lujosa existencia.

Almorzaron en el Palace, donde se alojaban, con damas elegantes y caballeros *chics*, que miraban con algo de pavoroso asombro a la extraña pareja, comentando, en voz baja, aquel nuevo capricho del marqués y la torpeza y azoramiento del muñequito rubio, que no sabía comer todas aquellas cosas para él desconocidas.

Después volvieron a salir de compras, luego fueron en "auto" a merendar a la Cuesta de las Perdices, y por

la noche comieron en el Palace, pero en el cuarto de ellos, porque Julio carecía aún de ropa para bajar al comedor vestido de etiqueta como el aristócrata hubiera deseado.

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar—murmuró el viejo, con los ojos centelleantes de alegría—. Comeremos aquí solitos, como dos tórtolos.

Aquello sobresaltó al chico, inexperto aún en cierta clase de lances. Casi no tocó a la opípara y bien escogida cena, porque se advertía inquieto, nervioso, invadido por *no sabía qué* absurdo temor, y no hacía sino beber cuanto le servían, con una sequedad de boca y de garganta que no se saciaba con nada.

—¿Tienes calor, nene?—preguntó el viejo con voz velada—¿Por qué no te aligeras de ropa? Quítate la americana. Ya ves que estamos en confianza. Si quieres puedes desabrocharte el cuello de la camisa. Estás sofocadísimo.

Inconsciente el muchacho obedeció, y al despojarse del cuello de la camisa mostró el suyo, fino y nacarado, y el nacimiento de un pecho de Narciso mitológico.

Y aquello precipitó la catástrofe. El aristócrata, perturbado por la aparición de aquella carne fresca, joven e incitante, se arrojó violentamente sobre Julio con ánimo de besarle ardientemente en la boca, en los ojos y en el cuello, de babosearle todo como un caracol que pretendiese profanar una apetitosa fruta intacta.

Y siempre, inconsciente, Julio recordaba como una pe-

sadilla que por librarse de aquel pulpo opresor le golpeó, primero, débilmente; luego, con más fuerza, y al final, con verdadera saña. Pero el aristócrata, congestionado y sudoroso, lejos de levantarse, gemía dulcemente sin renunciar a acariciar la apetecida golosina:

—¡Anda, rey mío! Pégame. ¡Si eso es lo que yo quería!...

Entonces Julio, exasperado, cogió un pesado candelabro y le dió un golpe en la frente a su inoportuno protector, que cayó de bruces. Al caer al suelo, Julio no le miró siquiera, y echó a correr por los pasillos del hotel hasta ganar la puerta de servicio, por donde salió sin ser notado. Y pasada la ofuscación del momento, ignorando si le habría matado y la Policía estaría ya en su busca, sin dinero para emprender el viaje de regreso a Barcelona, ni aun para alojarse en una casa de dormir aquella misma noche, encaminóse por el paseo del Prado hasta la Cibeles, cruzó Recoletos y se sentó en el banco de los jardinillos de Colón, donde Amalia le sorprendiera bañado en lágrimas.

Al oír aquella historia, Amalia, que venía de cenar con una amiga domiciliada en la calle de Goya, y por no encontrar tranvía dirigíase andando hasta su casa de la calle de Génova, echóse también a llorar con una compasión exagerada por los efectos del wisky.

—¡Pobrecito!—suspiró mentalmente—. ¡Tan joven y tan guapo y abandonado, así como un perrito recién nacido!

Pero yo soy una señora, una verdadera señora, y no se dirá nunca que la última de los Díaz de Hinojares deja a nadie en tan triste situación.

—Anda, vente conmigo a casa—propuso ella—. No es precisamente el Palace; pero se está mejor que aquí... Y mañana... Dios dirá...

Julio la obedeció maquinalmente; pero a los tres pasos sus piernas vacilaron y tuvo que apoyarse en un farol, para no caer.

—¿Estás malo?—preguntó Amalia, sosteniéndole entre sus brazos vigorosos—. Entraremos en un café que hay aquí cerca y tomaremos un wisky. Eso siempre sienta bien.

Y le condujo al desierto Café de las Salesas, donde después de reanimar al afligido muñeco, se creyó en el deber de narrar su peregrina historia al doncel, cuyos ojos esmeraldinos, ya libres del velo de las lágrimas, parecían hinoptizarla.

—Tú no te apures, criatura. Yo soy Amalia Díaz de Hinojares, la última de una de las más ilustres familias castellanas, y aquí, donde me ves, iba para monja y en casa me tenían por santa, o así... Pero una tarde, sin saber por qué, me escapé del convento, vestida de monja y todo, y eché a correr por el campo sin pensar adónde iría a parar... Llegué a un riachuelo donde unos mozos se bañaban y les miré largo rato, asombrada, porque, desnudos y relucientes, bajo el sol, estaban jugando en el agua del arroyo, sin pensar que una buena moza les espiaba. Sin

pensarlo más, y con la idea de disfrazarme de hombre con algunas de aquellas ropas, me desnudé yo también, entre los juncos; pero me vieron y, como un tropel de fieras, cayeron sobre mí todos y me violaron allí mismo e hicieron conmigo, desmayada, cuantas atrocidades les vino en gana... Y cuando recuperé el conocimiento me hallé recluída en una casa de salud, donde pasé tres años espantosos, estrechamente vigilada por la voluntad de mi familia... Cuando fuí mayor de edad—continuó la aventurera, sirviéndose otro wisky—salí de la casa de salud, y volví a la mía; pero mi señora madre me recibió de pie, fría y hosca, en la antesala donde los retratos de mis antepasados parecían mirarme con odio. Me dió un abultado sobre, y me dijo: "Aquí tienes la parte de fortuna que te corresponde. Vete y no vuelvas más a esta casa." Desde entonces he vivido sola e independiente. Mi aventura del río me curó para siempre del amor del hombre, y sólo he tenido queridas, que se me han comido el dinero y me han envenenado con los vicios más inconfesables; pero también me han hecho pasar muy buenos ratos. Ahora cuento veintinueve años; pero como verás, los extravíos no me han envejecido ni me han restado encantos. Sigo tan bonita como cuando me preparaban para monja. Ahora los negocios se me han torcido, porque he peleado con mi última amante, una condesa que me daba bastante dinero; mas, sin embargo, no se me arruga el ombligo, y lucharé cuanto sea preciso para salir adelante y sacarte a ti también. ¿Verdad que me vas a querer mucho, juguetito mío? Viviremos como maridito y mujer, hasta que tú encuentres otra cosa mejor.

Desde aquella noche, en que el frío, el wisky y la mutua necesidad de caricias, convirtieron a los amigos de hacía una hora en amantes, no se separaron más, y sus vidas se unieron como dos charcos inmundos, desbordados por la lluvia en uno solo.

Y fué una existencia extraña, de larva, en un rincón decorativo y perfumado, la de Julio, porque mientras Amalia desempedraba Madrid para hallar dinero, a fuerza de arbitrios inverosímiles y trucos inexplotados, el chico, por miedo a la Policía, permanecía encerrado en casa de su amante, dormitando casi siempre o tocando el gramófono, hasta que su amante regresaba, malhumorada y vociferante, renegando de su mala estrella. Sólo se consolaba cuando él, mimoso, la hacía mil arrumacos, suplicándola "No te pongas así, mujer, que si los tiempos están malos, ya vendrán otros mejores", y se arrojaban como locos al abismo sin fin de las caricias. Ella gozaba lo indecible, desnudándole y recorriendo en besos todo el cuerpo del chiquillo, suave, fragante y armonioso, como una niña que poseyese por un capricho de la naturaleza las iniciales de varón. Amalia le ponía sus ropas a Julito para andar por casa, y éste, dócil y contagiado de la perversidad de ella, se dejaba poner camisas de seda y zapatitos de tacón alto, y se abandonaba lánguidamente en los brazos de ella, que,

como si fuera realmente el macho de la pareja, atenazaba a su amante y le mordía con frenesí en los redondos hombros y en los sabrosos muslos. Era el amor de ellos algo tan mórbido y cerebral que, lejos de apaciguarlos, contribuía a exacerbar sus anhelos eróticos, y ella, dominadora, original y caprichosa, era quien ideaba truculencias de *boudoir* que sobreexcitaban al chico y le mantenían en un estado de hirviente sensualidad que confortaba a Amalia y la indemnizaba de las contrariedades económicas y los esfuerzos realizados por conjurarlas.

Y así pasaban días y días, hasta que una noche, Amalia, después de cavilar bastante, espetó a su querido el siguiente discurso:

—Mira, hijito... Como ves, no tenemos dinero, ni cosa que lo valga... y mantenernos en el plan de lujo y de comodidades que disfrutamos cuesta mucho dinero. Pero yo tengo guardadas unas pesetas que no quería tocar hasta que estuviese muy apurada, y me las voy a gastar en hacerte un equipo estupendo, para que estés muy guapo y vayas de conquistas conmigo a Maxim's, al Ideal, al Ritz y a Parisiana... Pero no a conquistar tías, entiéndeme, sino a cazar viejos ricos, de estos que les gustan ciertas cosas... Y luego los traes a casa y les pides los cuartos por adelantado... Y cuando vayan a desnudarse, entro yo, les armo un escándalo, les pido todo lo que lleven encima y pata. ¿Qué te parece?

Amoral, y sin prejuicios, Julio aceptó. Y de aquel extraño modo, aquella inaudita pareja, en la que *ella* era el chulo y él la *cocotte*, sacaban pingües beneficios, pronto dilapidados en alhajas, en banquetes, en corridas de toros, en abonos de coches, en trapos, que no les libraban nunca de su miseria.

Pero vivían a gusto, así y todo, sin haber tenido nunca el menor percance...

Amalia salió de su meditación al oír la voz del chico, que interrogaba:

—¡Mírame! ¿Estoy bien así para esta noche? ¿Crees que podré sacar mucho dinero?

La Díaz de Hinojares le inspeccionó de pies a cabeza, con una serenidad de hermano mayor, y luego sonrió. Estaba guapo de veras el maldito. Los rebeldes rizos que convertían su cabeza en la de un Baco joven, se habían transformado en una cabellera lisa y brillante, como un casco de oro, y los ojos de esmalte verde parecían aún más inmensos y enigmáticos, bajo el arco perfecto de las cejas. Un traje azul obscuro, irreprochable, moldeaba las líneas helénicas de su cuerpo, revistiéndolo de una elegancia un poco de "gigolo", pero que le iban bien. Algunos detalles, tan sólo, pecaban de falta de refinamiento, de verdadero buen gusto... Pero así y todo, Julio podía pasar como el más atractivo espejuelo para cierta clase de alondras... Por lo menos, así lo pensaba su querida, al decirle:

—A ver cómo te portas... Mañana hay que pagar al casero y al sastre...

El dorado muñeco, mientras pulía sus uñas rosadas, exclamó:

—Ya sabes que no me doy mala maña... Y esta noche estoy seguro del éxito, porque la perspectiva del viaje a París me animará a hacer locuras. ¿Y tú, dónde vas a cenar?

Amalia hizo un gesto de indiferencia.

—¡Qué sé yo! Donde me pille... Te acompañaré al Ritz, de donde saldréis para Parisiana, y me despediré de ti antes de llegar... Tal vez me acerque yo a Parisiana para probar fortuna en los caballitos. Necesito más dinero del que parece. Quiero que me arreglen los dientes, el pelo, que me quiten estas arrugas... Todavía no soy vieja y me estoy marchitando a pasos agigantados.

En su voz—rota por los alcoholes y los narcóticos—temblaba una rara emoción.

—¿Acaso quieres hacerme la competencia?—rió el chiquillo, envuelto en su abrigo, de un profundo color azul, adornado en el cuello y las mangas con pieles suntuosas, que le daba un aspecto ambiguo.

—No... No es eso—protestó Amalia, enrojeciendo púdicamente—. Es que estoy enamorada, cuando menos pensaba estarlo...

La risa infantil de Julio sonó por el corredor, que iban

cruzando a obscuras, y resonó en el hueco de la escalera.

—¡Enamorada tú, Amalia! ¿Y puede saberse de quién?

Ella no le respondió. Y bajaron en silencio la escalera resbaladiza y tortuosa, como los destinos de ambos.



SEGUNDA PARTE

Sentado en un sillón del "hall" de Parisiana, Julio fumaba, un poco aburrido, un mucho preocupado de la "posse", porque se sabía observado y por costumbre ya adquirida de que sus menores movimientos fuesen el pasmo de las multitudes. Su mano, un poco grande, pero bella, en la que el fulgurar de las uñas era francamente llamativo, llevaba el cigarrillo a los labios, discretamente avivados por el carmín de Persia, con un gesto indolente, muy estudiado ante el espejo, y sus admirables ojos de agua marina, hábilmente retocados con Rimmel, se entornaban lánguidamente, tras el velo de humo azul, como los de una divinidad a quien molestasen el incienso y la mirra.

Indolente y aburrido, Julio pensaba que todo aquel lujo que le rodeaba momentáneamente, como una decoración en la que su personaje era excesivamente breve, debería acompañarle siempre. El contraste entre su vida real,

en la casa de Amalia, amueblada con un lujo artificioso, y las comidas problemáticas y escasas, y los largos días de somnolencia forzada, cuando no tenían un cuarto para salir a la calle, era demasiado grande con aquella corta vida imaginaria, en la que se acercaba a todos los placeres y a todos los refinamientos que, bruscamente, desaparecían al ir a tocarlos con la mano, como en un nuevo y cruelísimo suplicio de Tántalo.

Era preciso que aquel juego acabase, y el lujo fuera realidad... Puesto que todo el mundo admiraba su belleza de joven dios, ¿por qué no aprovecharse de su único patrimonio, en vez de desperdiciarle absurdamente? La juventud pasaría, y él no sería más que un hombre, con todas las fealdades y las repulsiones del macho, envejecido en los vicios, peor aun que la vejez de la mujer, porque en el andrógino, lo único codiciable es la juventud, el atractivo de la carne fresca... Y era intolerable que todo fuese por culpa de su amancebamiento, con aquella insoportable Amalia, tan loca y tan trucosa que, en aquel momento, ajustaba, con un mercantilismo repugnante, las horas de servicio y el precio de su hermoso amante. Oculta tras las palmeras, ceñida por una túnica de azabache negro y peinada como un paje, Amalia, fingiendo no conocer a Julio, hablaba con un señor de tipo norteamericano marcadísimo, rasurado, muy *snob*, muy "de película". De cuando en cuando, ella levantaba un poco la voz, lo bastante para que el fino oído de su amante la oyese y pudiera ir "formándose idea del personaje que debía representar".

—¡Cuánto lo siento, míster! Pero por más que he recorrido Madrid—con este día de lluvia, ya ve cómo me he puesto de agua—, no he encontrado a nadie que pudiera convenirle a usted... Porque comprenderá que, tratándose de usted, no puedo presentarle a un cualquiera, para que luego le dé un disgusto... ¡Y si viese usted de qué poca gente puede responder una!—concluyó con un tono lastimero de Brígida *modern-style*.

El americano parecía impacientarse y querer dar por terminada la conversación; pero la hábil Amalia, al tenderle su mano, para despedirse de él, fingió fijarse de pronto en Julio, que estaba ya en su tercer Dimitrinos, y ahogó un grito de júbilo:

—Espere usted... Me parece que he hallado lo que usted busca... Por más que es casi imposible...—rectificó en seguida, después de llamar de este modo la atención del norteamericano, cuyo "monocle" examinó curiosamente al muchacho.

—¿Habla usted de aquel "boy" que fuma en aquella mesa de la esquina?—dijo el yanqui en seguida—. Ya le he visto cuando he entrado... Cenaba con unos franceses que acaban de marcharse. Es verdaderamente "a nice boy" "a interesting boy". ¿Pero usted cree que...?

Amalia fingió asombrarse.

—¡Oh! ¡Nada de eso!... Es un chico de buena fami-



lia, que está liado con una *cocotte* guapísima, de las más *chic* de Madrid, a la que *entretiene* con mucho lujo... Lo que pasa es que juega mucho, y pierde, y cuando pierde es capaz de todo, con tal de que sea por bastante dinero... Si usted quiere podría intentar hablarle...

El yanqui clavó en Amalia la fría mirada de sus ojos de acero.

—Well... Me gusta la historia... ¿Pero es ya muy conocida?... Dígame cuánto pide por noche, y acabemos pronto...

—¡Qué malo es usted, míster—rió Amalia, viendo que la empresa era difícil, y que el "michet" se le escapaba—. ¡Qué cosas tiene usted! Y, además, ya ve que el muchacho es guapísimo, que está bien vestido, y que está mucho mejor desnudo...

—Yes... A splendid beauty... Pero... I don t' like... Me gustan más los tipos ordinarios, más españoles, más "typical"... En fin... ¿Quiere usted trescientas pesetas?

Amalia fingió escandalizarse.

—¿Está usted loco? ¡Ni siquiera me atrevo a decírselo!... ¡Con el genio que tiene! Porque ahí, donde usted le ve, no puede figurarse lo ordinario que es... Lo demás es barniz... En fin, por ser para usted estoy segura de *tenerle* en cien duros y veinte para mí, de comisión... Y ya ve usted que pierdo, porque he estropeado unos zapatos nuevos con esto de no encontrar coches, y un sombrero

de Lewis, con la lluvia—terminó calumniando descaradamente al famoso creador de elegancias...

—Bien... Vayan las seiscientas pesetas. ¿Pero será persona de confianza?—interrogó el extranjero, alargando los billetes a la proxeneta.

—¡Oh, míster! Ir con él es como ir con el obispo de Madrid-Alcalá. Voy a avisarle mientras usted coge su abrigo y se reúne con los demás amigos...

Julio, que no había perdido una sílaba, se levantó lentamente y cruzó, con su andar estudiado de bailador de "shimmy"", en dirección al guardarropa. Amalia se acercó a él, con su rostro de paje, radiante de júbilo, y murmuró:

—Hecho. Seiscientas pesetas, por lo pronto... y luego lo que tú puedas sacarle. A ver si eres listo, porque el americano no es tonto... ¡Ah! Y no hagas *trucos* elegantes... Ponte en chulo y en macho, porque por lo visto es lo que le gusta al míster... Y, de todos modos, aunque le traigas a casa, procura no venir demasiado tarde... Ya sabes que el trasnochar te estropea los ojos... Y ten cuidado de abrigarte bien al salir de las tabernas, porque esta noche hay una humedad horrorosa...

El chico disimuló un bostezo de aburrimiento ante tanta excesiva recomendación.

Llegaba el americano, acompañado de otros dos, más jóvenes que él, e igualmente impecables de *toilette*, y una mujer, muy delgada, muy pálida, envuelta en un manto



de terciopelo turquesa, orlado de pieles azules. Amalia hizo una breve presentación, con una elegancia en que se veía su alcurnia lejana:

—Míster: presento a usted al señor don Julio de Sierramorena, hijo del marqués del mismo título, que tiene un verdadero placer en acompañar a ustedes...

Hizo una reverencia digna de la Corte de Versalles, y luego desapareció, dejando a Julio intimidado un momento ante las miradas impenetrables, un tanto despectivas, de los elegantes. La dama de azul murmuró algo al oído de uno de los efebos transatlánticos, que le hizo sonreír irónicamente, aunque luego contestó:

—¡Oh!... Antinoo, no. Todo lo más "a splendid greeck slave"...

—¿Dónde le parece a usted que vayamos?—interrogó el americano, haciendo subir a sus acompañantes al magnífico Rolls Royce que esperaba, bajo la lluvia fina.

Julio dió una orden al *chauffeur*, en voz baja, porque los porteros de Parisiana estaban oído alerta, y el "auto" arrancó hacia la orgía de costumbre.

TERCERA PARTE

Todavía se oían gritos, quejas e insultos al final de la obscura calleja, y a la puerta del pintoresco Café de la Encomienda se agitaban siluetas negras, como en un macabro "guignol". Hacía ya largo rato que el "auto" esperaba, en las sombras, desde que la reyerta estalló, y dos guardias se llevaron, arrastrando, a un trágico pelele, borracho, o tal vez con el corazón atravesado por la navaja de su contrincante, y los elegantes dudaban, atraídos por el convencional espectáculo de una riña de barrios bajos, indecisos por temor a verse complicados en un asunto desagradable.

—Esto parece de un *film* de "apaches"—exclamó la dama, banal y posando de audaz—. No falta más que ver salir de la taberna a la Bertini, desmelenada, y con una túnica de brocado.

—No; pues le aseguro a usted—afirmó Julio—que en estos barrios no es como en los *halles* de París, en donde



dicen que todo es truco y los guardias esperan sentados a la puerta, ni como en el barrio de Atarazanas, de Barcelona, donde todo se va en palabras... Aquí las discusiones son de gentes del bronce, que terminan siempre navaja en mano...

—¡Oh! ¡Es *very interesting*—exclamó la dama, envolviéndose en su manto resplandeciente, para bajar del coche—¡Oh, *dear dear Charlie!* ¡Entremos! Yo tengo mi "browning" en el bolso de mano...

Los americanos se encogieron de hombros, poco seducidos ante la idea de un escándalo en un barrio equívoco. Pero Julio, que tenía poco interés en trasnochar, y que por otra parte, veía casi fallidas las esperanzas de Amalia, porque ninguno de sus acompañantes parecía interesarse por su belleza, exclamó:

—Yo creo que este café tiene poco que ver... Y, además, después de la llegada de la Policía no debe quedar nadie...

El yanqui del monóculo decidió, glacial:

—La señorita quiere... No hablemos más...

Y bajando del "auto" entraron en el café, seguidos de Julio, silencioso, un poco humillado por el tono despectivo del extranjero.

El Café de la Encomienda, visto por dentro, no tenía absolutamente nada de terrorífico, sino un aspecto honrado, apacible y provinciano. Sobre los muros, muy sucios, algunos espejos y gran profusión de carteles, unos anuncios de anís o



sidra y otros de cupletistas y toreros. Una anaquelería con botellas de colorines agrios. Un mostrador de cinc, en el que gorgoteaba el agua con ruido monótono. Mesas pintadas de obscuro, manchadas de vino y de comidas, y en un rincón un gato blanco y apacible, que se atusaba, cuidadoso y nimio, bajo la jaula de un loro desplumado, que dormitaba, en una pata.

En el centro del salón, escasamente iluminado, levantábase un tabladillo de madera, que tenía por fondo unas cortinas rojas y un espejo, y por una escalerilla lateral subían al hipotético escenario las artistas del cuadro flamenco. Un pianista ético aporreaba el piano cuando tenía por conveniente, y media docena de mujeres, ataviadas con churrigueresca profusión de lentejuelas, cantaban o bailaban incongruencias pintorescas. De cuando en cuando, un tocador de guitarra, vestido con un traje de alpaca blanco, instalábase en medio del tabladillo y tocaba para que zapatease una mujerona gorda y fofa, enjaezada con un mantón de Manila, descolorido y grasiento, y el pelo endurecido y brillante por la bandolina. El resto de las artistas jaleaban con palmas a la bailadora, y cuando menos se lo esperaba el público, otra de ellas rompía a cantar *por bulerías* peripatéticas:

Ay, mamá,
Ay, mamá,
a mi papaíto le van a matar.

Después de haberse acomodado la comitiva en un rin-



cón del café, la dama de las pieles azules, con un gesto desilusionado, se volvió a sus amigos:

—¡Pero si no hay nadie! Si no hubiésemos asistido de lejos al drama, creería que habíamos soñado. Porque éste es un sitio tranquilo y honesto...

—No lo crea usted—interrumpió Julio, con una sonrisa—. No hay que fiarse de las apariencias, sobre todo en Madrid. Todo esto les parecerá poco peligroso; pero ya han visto la facilidad con que ha surgido la tragedia.

Dos mujeres de las del cuadro flamenco se acercaron a la mesa de los elegantes, llamadas por Julio, y éste las presentó a sus nuevos amigos.

—Les presentó a ustedes a la Perla y a la Rizada, las mejores bailaoras, en su género, que han pasado por este local.

Las dos eran gitanas, con los ojos sombreados de ojeras violáceas, y sonreían con afectación. La Perla contaría diez y siete años, y era una morena excesivamente frágil y precozmente aviejada por la clase de existencia que arrastraba. Era huérfana de padre, todavía honrada, y con el producto de su trabajo mantenía a su madre, paralítica, y a tres hermanitos pequeños. El destino habíala confinado en aquel café de camareras, frecuentado por una concurrencia poco escrupulosa, que en cualquier momento estaba dispuesta a atentar al pudor de la chiquilla, de palabra o de obra. Parecía un estatuilla de *terracotta*, y reconociéndose insignificante para alternar con el señorío, guar-



daba un discreto silencio, recreada en la contemplación de las joyas de la dama. En cuanto a la Rizada, era una buena moza, guapetona y vulgar, cuya cabellera parecía un montón de virutas, y, a pesar de sus treinta y tantos años, conservaba en el rostro un aspecto estúpido de bestia noble y fácil. La Perla y la Rizada permanecieron de pie, a la expectativa, guardando compostura, y mientras una camarera de abundantes senos y retadora grupa, fuése a buscar los licores y cervezas encargados por los señores, el americano más viejo exclamó, sin perder su aire despectivo:

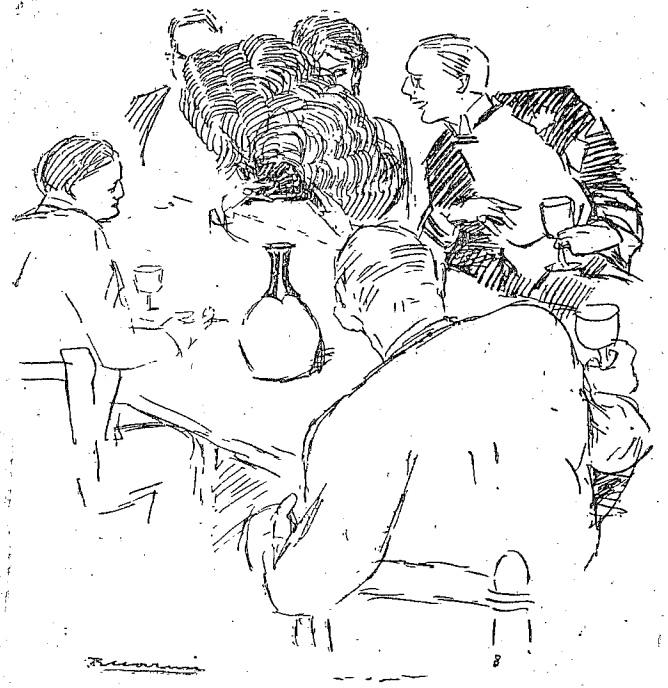
—Well... Pero esto es muy aburrido... Yo pensaba ver algo más apasionante.

Julio, en cuyo hermoso rostro duraba, a pesar suyo, un gesto malhumorado, murmuró:

—En todo caso no es culpa mía. Ya dije que no valía la pena de entrar... No se encuentran las cosas cuando uno las busca.

—Con dinero se debe tener todo... Y cuando uno paga, puede exigir...

Julio reprimió, a duras penas, una grosería. Después de todo, él no perdía nada, porque aquella gente no parecía asequible a trucos ni a chantages, sobre que ninguno de ellos demostraba el menor interés por la hermosura de su cicerone, a quien miraban con cierto aire indefiniblemente burlón... Pero pensó en la cólera de Amalia si lo echaba todo a rodar, y se contuvo.



—Puede que ahora llegue gente... En estos sitios, cuanto más tarde, hay público más pintoresco...

La Perla y la Rizada, entre tanto, intimidadas por la presencia de la dama de azul, cuyo manto, al entreabrirse, dejaba ver una suntuosa túnica de plata, sobre la que resbalaban los hilos de perlas, optaron por retirarse.

—¿Quiere usted que retengamos a alguna de esas artistas?

—No. Si quisiera, ya lo hubiese dicho—respondió, sin mirarle, el efebo americano.

Los ojos verdes de Julio fulguraron como un lago bajo la tormenta; pero volvió a dominarse, encendiendo lentamente un cigarrillo.

Bebieron en silencio. Y a medida que iban vaciándose las botellas de licores, los yanquis fueron perdiendo su empaque rígido, y en los fríos rostros enjutos brilló una alegría ficticia y brutal.

Ahora charlaban en inglés entre ellos, con grandes risotadas, sin que Julio pudiese comprender el sentido de sus frases. Un momento la dama ocultó, ruborosa, el rostro escuálido y pintado tras su inmenso abanico de plumas negras, y ellos continuaron riendo, tratando de convencerla de algo realmente insólito. Por fin, uno de los dos más jóvenes explicó a Julio:

—Queremos que alguna de esas mujeres baile flamenco... Pero desnuda del todo, ¡claro!

La dama volvió a ocultar el rostro entre las plumas som-



brías, y Julio, acostumbrado a no sorprenderse de nada, respondió, sin embargo:

—Eso es casi imposible... Ninguna de estas artistas se prestaría a complacer a ustedes. A ellas las pagan solamente para bailar en el tablado o para conversar con los clientes que tengan a bien invitarlas.

—Cuando uno paga, puede tenerlo todo—decretó en inglés el efebo. Pero Julio le comprendió instintivamente, y hostil ya, respondió:

—En América, puede... En España, no...

Con la terquedad del borracho, el yanqui repuso:

—La señora tiene ese capricho y hay que complacerla... Para eso paga...

Se levantó tambaleándose y, brutal, se acercó a la Perla, quien se dirigía al escenario, bien ajena a la hecatombe que se avecinaba. Y con un brusco manotazo de jugador de *base-balle*, la detuvo en el primer peldaño de la escalera, gruñendo:

—Antes de subir, quítate la ropa. Queremos verte bailar desnuda.

La chiquilla, encrespada por lo que había de ofensivo en la inesperada petición, y al mismo tiempo amedrentada por la fuerza de aquel Hércules que la oprimía, protestó con timidez:

—No, señor; ¡yo qué voy a bailar desnuda!

—Te daremos el dinero que pidas.

—Ni por todo el oro del mundo.



Obcecado por el alcohol, el norteamericano cogió a la chiquilla por la cintura, frágil como un tallo, y rugió amenazador:

—Desnúdate y baila, o si no te pego...

Unánimemente las demás mujeres protestaron, atronando con sus improperios el café, donde no había quedado más clientela que los acompañantes de Julio.

—¡Canalla! ¡Chulo!

—¡Asqueroso! ¡Tú qué vas a pegar!

—¡Pega a la tía zorra que traes, que parece una escoba!

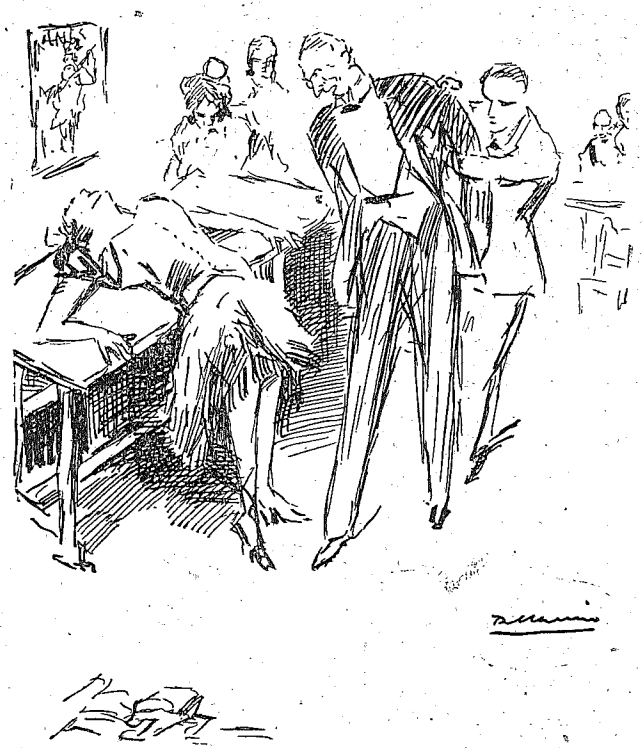
—¡O a tu madre, ladrón!

Desdeñando los insultos, que tal vez no entendía, el borracho continuaba sujetando a la bailarina, arrancándola el traje a tirones y riendo estúpidamente. La muchacha forcejeaba desesperada, con la cabeffera en desorden en torno al rostro lívido y bañado en lágrimas. De pronto lanzó un grito agudo:

—¡Ay! ¡Bestia! ¡Que me has hecho sangre!

Por uno de sus hombros corría un hilillo de sangre, y la bailarina, al verlo, se tronchó como si fuese a desmayarse; pero se irguió de nuevo y escupió al rostro del borracho, furiosa. El yanqui la soltó tan bruscamente, que la chiquilla se tambaleó, y fué a caer de espaldas sobre una mesa, en un estrépito de copas rotas y de platos que se derrumbaron.

Las mujeres corrieron a levantarla. Se había hecho otro



rasguño en un brazo, de donde manaba roja la sangre sobre el vestido rosa, hecho jirones, y mientras, el borracho se limpiaba el rostro blasfemando:

—Te acordarás de mí... *¡Whose! ¡Danned whose!*

Sin saber por qué, él mismo tal vez no se dió cuenta de su arranque súbito, Julio se levantó con un salto de fiera, abandonando su mutismo de esclavo indiferente, y se arrojó al cuello del juerguista, que iba de nuevo a caer sobre su víctima.

—Haga usted el favor de dejar a esa mujer...

El otro se soltó de las garras del muchacho con una brusca sacudida:

—Mézclese usted en lo que le importe... Yo hago lo que quiero.

—En su país. Aquí, no...

Y no hablaron más. Pero todo el rencor de Julio, todas las humillaciones devoradas en silencio, todo el odio hacia los que le habían despreciado, tratándole como a un animal de lujo a quien se paga, impulsaron los músculos nuevos, poderosos, del muchacho, y bajo su opresión empezó a ahogarse el elegante, congestionado, impotente para escaparse de la asfixia.

Pero, como en un brusco recurso teatral, dos tiros impidieron que el muchacho continuase oprimiendo la garganta del norteamericano. El borracho irguióse, respirando



ansiosamente después de haber sentido la muerte *muy de cerca*, y Julio cayó al suelo mortalmente herido. Las mujeres gritaron despavoridas, refugiándose en los rincones, y sólo quedó en el centro del café, pálida y serena esgrimiendo su browning, la dama de las pieles.

Madrid, enero 1922.

Alvaro Retana



No deje usted de comprar, leer y coleccionar todas las semanas

LA NOVELA DE HOY

que en cada número ofrecerá a usted una obra rigurosamente inédita de escritor afamado, ilustrada por uno de los mejores dibujantes, con interesante conversación con el autor.

Lea usted

LA NOVELA DE HOY

LA NOVELA DE HOY

Oficinas: Prado, 2, segundo.
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Año..... 14 ptas.
Semestre..... 8 —

EXTRANJERO

Año..... 22 ptas.
Semestre..... 14 —

PORTUGAL

Año..... 16 ptas.
Semestre..... 10 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal, sellos de correos o sobre monedero.